

todavía más. Todos estos elementos se reunieron en el verano del noventa y tres, y bajo la dirección de Caposta, uno de los comerciantes más acaudalados de Varsovia, celebraron reuniones secretas gentiles-hombres y oficiales, los cuales, sobrados de pasión cuanto de prudencia escasos, decidieron, no obstante carecer de dinero, de material de guerra y de apoyo en el extranjero, lanzarse á la insurrección, fijándose, para dirigirla, en el único patriótico que poseía juntamente las cualidades convenientes y la confianza de la nación, Tadeo Cosciusco, que vivía retirado en Leipsick, con sus amigos Potocki y Collontai, deplorando la suerte de su patria. Nacido el mil setecientos cincuenta y dos en el distrito de Novogrodek, Lithuania; estudiante desde mil setecientos sesenta y cuatro en la escuela de cadetes fundada por Czartoryski, Tadeo Cosciusco, hidalgo, pero pobre, recibió en edad muy temprana dos crueles lecciones de igualdad social: su padre murió asesinado por labriegos enfurecidos, y él, habiéndose enamorado de la hija de un gran señor, fué despedido y ultrajado. Marchó á América, donde sirvió en la guerra de la Independencia á las órdenes de Wáshington, que le nombró coronel, y en aquella joven tierra aprendió lo que es la libertad y completó las enseñanzas que había recibido de los filósofos franceses. Vuelto á su patria, fué el único general que, en la anterior guerra de Polonia con Rusia, alcanzó una victoria. Súbdito de Rusia después del segundo reparto, rehusó un grado en el ejército ruso, y se trasladó á Sajonia, donde encontró á la mayor parte de los patriotas del tres de Mayo. En París, á donde fué á desempeñar una comisión, vió á Lebrum, ministro de Negocios Extranjeros, y la Asamblea legislativa le honró el diez de Agosto del noventa y dos con el título de «ciudadano francés».

Cuando Cosciusco recibió el mensaje de que bastaba con su presencia para que toda Polonia se sublevase, sintió su sangre hervir; mas, para juzgar por sus propios ojos de la situación del país, pareciéndole prematura la empresa, decidió visitarlo, trasladándose á la provincia de Cracovia. La noticia de su llegada, divulgada con la rapidez del rayo, aumentó la exaltación de las tropas y de los nobles, y en todas partes se constituyeron las sociedades secretas de mil setecientos noventa y dos, cuyo número excedió en breve de setecientas, con más de veinte mil socios, que juraron obediencia ciega, á vida y á muerte, á las órdenes del *Gran padre*, que es como llamaban á Cosciusco. Entre aquellos millares de hombres no hubo un solo traidor. Á la efervescencia producida al principio sucedió una calma completa, sin que el comandante del cuerpo de ocupación rusa, Igelstrom, lograra descubrir uno solo de los hilos de la conjuración. Cosciusco volvió á partir, yéndose ahora á Italia, desde donde trabajó en crearse relaciones, obtener dinero del Comité de Salvación pública ó granjearse el apoyo de Turquía y de Suecia. Poco duró ya su destierro. Mandando reducir el ejército polaco á quince mil hombres y que se licenciase el sobrante de las tropas, la misma Czarina dió señal de la insurrección, que inició el general Madalinski, de guarnición en Pultowsk, negándose á obedecer la orden, reuniendo sus tro-

pas y retirándose cerca de Ostrolenka, donde, con la pequeña nobleza de las cercanías que se le incorporó, elevó su columna á unos dos mil hombres. Esta resistencia produjo mágico efecto en todo el país, especialmente en Varsovia, y como al mismo tiempo Igelstrom recibiese por vez primera informes exactos acerca del número y planes de las sociedades secretas organizadas y dirigidas por Cosciusco, se vió de repente envuelto en un peligro formidable, cuyas proporciones agrandó su fantasía, y á toda prisa hizo embalar sus muebles y enviar su mujer á Rusia, con gran contentamiento de los polacos. El que tan imperioso y altanero se mostrara en la prosperidad, se hizo ahora un ovillo; todo se le volvía pedir consejos, sin decidirse á seguir ninguno. Al tener noticia de la aproximación de Madalinski, que, torciendo del Este al Sur, atravesó el Vístula y pasó por delante de Varsovia, su primer pensamiento fué salir con todas sus fuerzas en persecución del jefe insurrecto, pero le detuvo la fermentación creciente en la capital, donde las tabernas hervían atestadas de gentileshombres sin fortuna, de soldados licenciados y de aventureros de toda especie, que hablaban del veinticinco de Marzo como del día fijado para la leva de los escudos. Pero el veinticinco transcurrió sin novedad en Varsovia, y entonces Igelstrom envió contra Madalinski á los generales Denisow y Tormasow con siete mil hombres, colocó tres batallones y diez escuadrones á unas leguas al Sur de Varsovia, y destinó el resto de sus fuerzas, ocho mil hombres á mantener el orden en la ciudad.

En estos mismos instantes elevábase en Cracovia la insurrección militar á sublevación nacional. A la noticia de la rebelión de Madalinski, Cosciusco corrió de Dresde á la capital insurrecta y se puso á la cabeza del movimiento, jurándole las tropas y los habitantes obediencia ciega el veinticuatro. En un manifiesto conmovedor, pintó con vivos colores el humillante yugo que al país imponían rusos y prusianos; declaró que la nación estaba resuelta á vencer ó morir por la libertad, y destituyó á todos los funcionarios sometidos á los enemigos de la patria. A seguida reguló la Administración, nombró nuevas autoridades, ideó los medios de proporcionarse dinero y víveres, y ordenó una leva de todos los adultos en estado de empuñar las armas. Transcurridos seis días, salió con dos mil hombres, á los que se juntaron en el camino unos centenares de campesinos armados de hoces, al socorro de Madalinski, cercado por los rusos, y juntos ambos generales derrotaron en Raclawice al general Tormasow, matándole cuatrocientos hombres y tomándole doce cañones. No tuvo parte alguna en esta victoria la caballería polaca, que se desbandó al primer encuentro y esparció por el país la noticia de la muerte de Cosciusco, lo que movió á éste, indignado de tamaña cobardía, á trocar el traje de gentilhomme por el de labriego, jurando llevarlo hasta que la nobleza se lavase de aquella mancha vergonzosa.

La noticia de esta victoria acabó de atontar á Igelstrom, que tuvo que enviar á Tormasow las únicas tropas de que disponía para proteger la capital y, en cambio, llenó de júbilo y de entusiasmo á los patriotas, que saltaban de impaciencia por sacudir el ominoso

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



so yugo. En apariencia, la capital se hallaba más tranquila que nunca; en el fondo, hervía una actividad febril, proveyéndose á toda prisa de armas y municiones los habitantes. La víspera misma de darse el golpe, diez y seis de Abril, la calma era completa. El diez y siete, hacia las cuatro de la mañana, un piquete de guardia montada sale del cuartel y ataca en las inmediaciones del Palacio Real á un centinela ruso, que dispara su mosquete; al ruido del disparo, los cañones del arsenal dan la señal convenida; los guardias de la Corona se precipitan en tumulto hacia el arsenal y varias compañías que se hallaban en Praga llegan á la ciudad en bajeles, mientras el regimiento Dzialenski, acuartelado en el arrabal, se dispone á forzar la entrada de la ciudad vieja; fórmanse en las calles grupos de paisanos armados que caen con furor sobre los rusos dispersos, siendo degollados en las primeras horas centenares de soldados que iban á incorporarse á sus destacamentos, de ordenanzas y ayudantes que llevaban á los puestos avanzados las órdenes del cuartel general, quedando Igelstrom incomunicado con muchos de sus batallones. Muchedumbre de obreros y de soldados sale de las angostas calles de la ciudad vieja y embiste contra el palacio real; pero rechazada una, dos y tres veces, hacia las diez de la mañana le cerca y hostiliza con nutrido fuego de mosquetería. La caza á los rusos dispersos no cesa. Dos compañías de éstos que se habían reunido desarmados para ir á comulgar, son degollados sin compasión. Cuando á eso de las once cesó el fuego contra el palacio real, los destacamentos rusos del Sur de la ciudad, creyendo que aquél había caído en poder del enemigo, en vez de dirigirse al cuartel general, conforme á las órdenes recibidas, precipitáanse hacia la puerta más próxima, para sustraerse á la muerte y proteger al mismo tiempo un gran parque de artillería que se había establecido en una aldea próxima. A este mismo punto concurren uno tras otro los restos de cinco batallones, que componían más de la mitad de las fuerzas rusas y que, después de haber intentado en vano atravesar por la tarde la ciudad para incorporarse á Igelstrom, se pone en marcha al anochecer, á la ventura, en medio de las tinieblas, esperando hallar su salvación en el primer destacamento ruso que les depare la fortuna. De los batallones acantonados en la parte Norte de la plaza, todavía se juntan á Igelstrom por la tarde algunos restos, pero en qué estado de ánimo y de disciplinal: abatidos y desesperados la mayoría de los soldados, entregándose los otros al saqueo de las casas vecinas, aun á riesgo de caer en manos de los polacos. Al día siguiente, Igelstrom se retira abriéndose paso con unos setecientos hombres por entre los insurrectos, dejando á Varsovia en poder de la revolución, después de una lucha de dos días, en la que apenas habían intervenido por parte de los polacos dos mil quinientos combatientes. Perdieron los rusos cerca de los dos tercios de sus fuerzas y once piezas de artillería, juntamente con su fama de superioridad militar. Por desgracia, los revolucionarios, faltos de dirección, se entregaron á todo género de excesos. Pequeños destacamentos rusos y centinelas olvidados fueron en su

mayor parte muertos; las casas de los magnates partidarios de Rusia, saqueadas y destruidas; varios individuos de la última Dieta, arrestados y nombrado, para juzgarles, un tribunal revolucionario. Se confió provisionalmente el gobierno á un comité, en el que desempeñaban los papeles principales Dapostas y Kilinski; pero los verdaderos amos del poder eran los obreros armados y vagabundos. Estos atropellos entibieron desde el primer día en los ciudadanos acomodados el entusiasmo por la joven libertad, temiendo los desenfrenos del populacho y previendo la venganza de las grandes potencias. De estos sentimientos participaba el rey Estanislao, no obstante lo cual se apresuró á declarar que hacía causa común contra el pueblo.

Al mismo tiempo que en Varsovia, prendió la insurrección en Samogitia en Lithuania. En Wilna, el incansable y hábil conspirador, Jasinski, se hizo con unos doscientos hombres entre estudiantes, curas, militares y judios, más con dos compañías de infantería polaca de la guarnición, y aparentando franqueza y desenfado, supo inspirar al general ruso, Arseniew, tal seguridad que, avisado éste por varios conductos, le preguntó en un baile si era cierto que conspiraba. Sin asomo de turbación, Jasinski le respondió jocosamente que todo era posible en este mundo, y como el general, siguiendo la broma, quisiese saber cómo se las compondría para vencerle con sus dos mil rusos, Jasinski le explicó con mucha gravedad, y con espanto de los cómplices que le escuchaban, que una tarde iría á sorprenderle en su propio palacio, que se apoderaría de él, y que luego daría fácil cuenta de los soldados sin jefes, dispersos en la ciudad. El general, convencido de la inocencia de Jasinski, celebró mucho esta respuesta. Cara pagó su confianza. En la noche del veintitres de Abril, todo sucedió como Jasinski había anunciado: el general fué preso en su palacio, con mil quinientos de los suyos y los restantes expulsados de la ciudad. En días, toda la Lithuania se declaró por la insurrección, cebándose por doquier los vencedores en los magnates partidarios de los rusos. La postrera en sublevarse fué la provincia de Dublin, donde las tropas de línea expulsaron á sus jefes, que las exhortaban á la prudencia y aclamaron al coronel Grochowki, patriota fervoroso. Desde este instante, Cosciusco pudo considerarse como señor de toda la Polonia, excepto algunos puntos ocupados por restos de las columnas rusas ó la cabeza de las prusianas.

Un grito de cólera y de venganza resonó en San Petersburgo y en toda Rusia, al tenerse noticia de la insurrección de Polonia. El espíritu dominador de la Czarina, el sentimiento de honor del ejército, el antiguo odio nacional del pueblo, todo fué removido y concitado al más alto grado. Solamente la completa destrucción de Polonia podría, en sentir de todos, lavar la afrenta sufrida por las armas rusas. Más que nadie, Catalina participaba de este sentimiento, pero comprendía al mismo tiempo lo crítico de la situación. Lo acaecido en Polonia había puesto al descubierto los profundos vicios de la organización de su ejército; las noticias que se recibían de Constantinopla eran vagas y nada tranquilizadoras, y

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA



al Norte, Suecia se mostraba cada día más hostil, manteniendo su ministro en Varsovia excelentes relaciones con los nuevos poseedores del poder. Con más inquietud que nunca, la emperatriz volvió sus miradas hacia sus aliados, las dos grandes potencias alemanas, de las cuales exigió el socorro al que le daban derecho los tratados. No obtuvo por de pronto el resultado que deseaba. Su predilecta, el Austria, más preocupada de Bélgica que de Polonia, se limitó á reiterarle sus ardientes simpatías, mientras que Prusia, á la que miraba con prevención y que tanto se había extendido en Polonia, puso al punto en campaña numeroso ejército, al mando del mismo rey. No dejó de alegrarse, sin embargo, Catalina de que Federico Guillermo II le entretuviese las tropas de Cosciusco, mientras ella se dedicaba á contemplar sus armamentos. Por lo mismo que la odiaban polacos y rusos, importábale á Prusia marchar resueltamente adelante, para asegurar sus intereses contra amigos hostiles y vecinos irritados. Su codicia no se satisfacía nada menos que con extender sus dominios hasta el Niemen, el Nareve y el Vístula, que reputaba sus límites naturales, y probablemente se habría salido con la suya, si hubiese emprendido un ataque enérgico el mes de Mayo. Porque Polonia no disponía de verdaderos elementos de resistencia. Su general, Cosciusco, si abundaba en patriotismo y talentos militares, carecía de la experiencia política y del cinismo demagógico que demandaban las circunstancias. Tranquilo y grave por naturaleza, exento de pasiones bajas y egoistas, su único móvil era un ardiente deseo de gloria. Habíase lanzado á la empresa por mandato del deber, sin abrigar esperanza alguna de salir airoso, antes pareciéndole inevitable la ruina. Por una singularidad de su naturaleza, este sentimiento no debilitó su valor, y en cambio, le fortaleció en la resolución de no manchar una causa moribunda con injusticias ni violencias, así pudieran proporcionarle ventajas pasajeras. Su voto más claro era redimir á sus compatriotas de la molición sensual y de la irreflexión caprichosa, elevando su alma por medio de la nota religiosa y patriótica, y reconciliar entre sí á todos los partidos infundiéndoles un mismo pensamiento, el pensamiento de Polonia, su común madre. Pero estos nobles motivos no podían hallar eco en aquellas naturalezas groseramente egoistas, y sus esfuerzos se esterilizaron por no querer sostenerlos con el egoismo ó el terror. Si sus agentes ofrecían á los labriegos la propiedad de las tierras y la libertad, los nobles le acusaban de querer arrebatárles sus bienes, y los que no emigraban á Galicia, empujaban á los moradores del campo á esconderse en los bosques así que se divisaba á lo lejos un regimiento de patriotas. Por todo esto, el ejército de Cosciusco crecía con lentitud suma, no contando en los primeros días de Mayo más de doce mil hombres en los alrededores de Cracovia, mientras que, al Oeste, el general prusiano Favrat mandaba un cuerpo de fuerza igual, y que el general ruso Denisow le separaba por el Este de la ribera derecha del Vístula y de las tropas de Grochowski. Para ponerse en comunicación con este último, resolvió dejar delante de Cracovia tres mil infantes armados de hoces, y marchar con el resto Vístula

abajo, contra Denisow. Pero no tardó en advertir que las tropas que mandaba eran insuficientes para luchar contra los rusos, y entonces se fortificó detrás de sólidos reductos, cerca de Polaniec, esperando que Grochowski se le incorporase.

Mientras de esta suerte el general polaco luchaba en el Sur contra los ejércitos extranjeros y contra la mala voluntad de sus compatriotas, el torrente revolucionario seguía creciendo en Varsovia, donde no había la menor disciplina en las masas y era general el terror, yendo todo el mundo armado hasta los dientes. Cosciusco no tuvo noticia de esta revolución hasta el diez de Mayo, é inmediatamente envió á Varsovia á sus dos partidarios de más confianza, Potocki y Collontai, para que erigiesen en ella un gobierno digno de la grandeza de su causa. El diez y ocho entraron en la capital los delegados, saludados por el pueblo con aclamaciones unánimes; desgraciadamente su presencia, por la diferencia de sus caracteres, en vez de restablecer el orden, fué causa de nuevas disensiones. Vástago de una de las más ricas y poderosas familias del país, Potocki se dió á conocer desde edad temprana por cualidades dignas de su noble origen. Destinado al estado eclesiástico, recibió en Roma una educación más esmerada y conocimientos más profundos de lo que era costumbre entre la nobleza polaca, lo que no le impidió poseer en sumo grado la seductora gracia peculiar de aquel pueblo, realizada por una tendencia natural á todo lo grande y noble, y una invencible repugnancia á la vulgaridad y al egoismo. Por su inteligencia, actividad y conocimientos, subió rápidamente de grado en grado, siendo nombrado, á los treinta años de edad, gran mariscal de Lithuania. Sus éxitos populares no fueron menos notables, pudiendo ser considerado como el verdadero autor de la Constitución del noventa y uno. «Potocki es el único de ellos que tiene talento, escribía el emperador ruso á la Czarina; pero carece de prudencia política, y sus defectos dominantes, el amor propio y una confianza exagerada en sí mismo, son facilísimamente excitables.» Jamás le abandonó la esperanza, siempre confió en la victoria. Sus amigos se admiraban con frecuencia de verle tan alegre en medio de tantas fatigas y peligros. «A peor andar, deciales entonces, si sucumbimos, sucumbiremos con la patria; ¿será esto una desgracia?» Este noble carácter habría podido llevar á cabo grandes y hermosas empresas con otro compañero que Collontai, cuya versatilidad y egoistas miras habían de ser fuente de discordias funestas á la causa patriótica. También éste estudió en Roma para sacerdote, y luego trabó amistad con el obispo Saltik, que le hizo canónigo de Cracovia, y se pasó después al partido ruso, que le elevó al rectorado de aquella Universidad. Por sus aptitudes y su natural inclinación á complacer, obtuvo el cargo de refrendario de la corona, y soñaba ya con las dignidades de canciller y de obispo. Trabajaba de prisa y bien, conocía mejor que nadie el dédalo de las leyes polacas, y escribía hábil, enérgica ó apasionadamente, al tenor de las circunstancias ó á gusto de los gobernantes. Por desgracia, participaba de las inclinaciones y corrupción de los polacos. Sus mofletudas y encendidas mejillas, sus